

mo clero. Si el cargo siempre ha sido difícil, de gran responsabilidad, lo estamos poniendo, entre todos, más difícil todavía. Hasta el punto que, solamente hace unos días —cuando celebrábamos la onomástica del nuestro y sus bodas de plata episcopales—, nos decía el Dr. Hervás que la figura del obispo actual se estaba acercando, de nuevo, a la de los primeros del cristianismo, en que, la jerarquía, era una oposición segura, con plaza fija, para el martirio, si bien el de ahora sea un martirio moral, muchas veces peor que el físico, sin que éste quede descartado tampoco en algunas zonas de opresión.

Detrás de muchas acusaciones que no resisten un somero análisis —vejez, inmovilismo, desfase, conservadurismo, integrismo...— parece que hay, larvadas, más torpes intenciones y maniobras. Nunca salen a relucir virtudes sobrenaturales, cuyo compendio es la santidad, que creemos que es lo que importa decisivamente. Cuando se pierde el sentido de la medida y se subvierte el orden de valores, andamos a la deriva y, en definitiva, puede llegar un momento en que no sepamos lo que de verdad queremos.

Parafraseando a San Pablo, podríamos decir: ¿De qué valen todos los dones —sabiduría, afán de justicia social, realizaciones pastorales y hasta milagros—, si no hay santidad? El decía caridad, pero viene a ser lo mismo. Lo que nos interesa no es tener obispos de tal o cual talante, de esta o de la otra edad, de este o del otro modo de ser, sino que sean santos. Nos basta; y, naturalmente, nos sobra todo lo demás, porque ello se dará por añadidura. Por descontado que no se llega a la rectoría, en ningún orden de la vida, si no se ha alcanzado un cierto grado de madurez. Pero no era de esto de lo que queríamos escribir, sino de nuestro Obispo, al cumplirse los veinticinco años de su consagración episcopal y los catorce de su estancia en nuestra diócesis. De todos modos, bien valen, como introducción, las párrafos anteriores.

El Dr. Hervás fué, en su momento, uno de los obispos más jóvenes de España, puesto que no había cumplido los cuarenta años. Lleva, por tanto, de obispo, más tiempo que lo llevara de simple sacerdote. No podemos, pues, considerarlo como un obispo viejo, aunque haya alcanzado una cota de edad que se acerca más a la senectud que a la juventud; pero, en el episcopado, han discurrido bastantes de sus años aún jóvenes y la mayor parte

de los de su madurez. Y, aunque el día de San Juan, nos expresara que bullía en él el deseo del anciano Simeón, no creemos que esté próxima su jubilación, si bien a todos, cuando empezamos a llegar a los cincuenta, se nos presente como una meta de pacífica serenidad, de meditación y de contemplación. Sobre todo que, como él dijo —y en sus palabras queda preso— el abandono, antes de plazo, sería cobardía. Tenemos obispo, pues, para años, si Dios no dispone otra cosa.

Más que hacer una semblanza de nuestro Obispo —porque no queremos herir su humildad y, por otro lado, su labor pastoral está en el ánimo de todos— tratamos, en estas líneas, de destacar dos cosas: Primera, que, el que está con el Obispo, está en el camino firme y seguro. Segunda, que, dichosamente para él, aquí no tiene determinados problemas, ni entre los seglares, ni por supuesto —bueno, este supuesto es muy aleatorio en algunas partes— entre sus sacerdotes. Creemos que, así, se alivia enormemente la pesada responsabilidad de su carga. Los actos de Almodóvar del Campo, con motivo de las fiestas del Maestro Juan de Avila, y de la Basílica Catedral, con ocasión de la festividad de San Juan Bautista, son suficientemente expresivos.

Las bodas de plata episcopales del Dr. Hervás han constituido un íntimo gozo para todos; también, para él mismo, pues, por muy indigno que se considere, nos declaró paladinamente que siempre había actuado de buena fe y con buena voluntad. Esto es lo que realmente discrimina nuestros actos, pues que el éxito y el fracaso quedan en las manos de Dios, si bien somos de los convencidos de que, en las obras del Señor, no hay nunca fracasos más que aparentes, porque El, cuando le parece bien, escribe derecho con renglones torcidos y endereza siempre lo que nosotros hacemos más o menos inclinado.

El Dr. Hervás ya es hijo adoptivo de la provincia; es un obispo manchego más, según sus palabras. Por otro lado, es el Obispo Prior de más larga permanencia en nuestra diócesis y, el noveno, desde la fundación de ella en 1875. He aquí la lista de obispos priores: Guisasaola, 1876-82; Cascajares, 1882-85; Rancés, 1886-98; Piñera, 1899-904; Gandásegui, 1905-14; Irastorza, 1914-22; Esténaga, 1922-36; Echevarría, 1943-55, y Hervás, que entró en la diócesis en 1955 y cuyo pontificado aún no se ha cerrado.